

REVISTA STVLTIFERA

DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

VOLUMEN 8, NÚMERO 2,
SEGUNDO SEMESTRE DEL 2025
ISSN 0719-983X



UNIVERSIDAD AUSTRAL DE CHILE
SEDE PUERTO MONTT



Acción Conjunta. Descontrol, incertidumbre y pasión en la actividad social y discursiva

Joint Action: Lack of Control, Uncertainty, and Passion in Social and Discursive Activity

Angel Magos Pérez y Gerardo Ortiz Moncada
Universidad Pedagógica Nacional, Ajusco, México

Resumen

Cuando hablamos, particularmente cuando hablamos con otros, surgen frente a *nosotros* posibilidades singulares para *ser* y, en simultáneo, para *hacer* realidades sociales que, de no ser por esas prácticas discursivas, nunca podrían existir. Nuestro propósito en este trabajo es delinear algunos de los principios de la noción de *acción conjunta* (*joint action*) propuesta por John Shotter para elucidar cómo nuestras formas de ser —hablar, pensar, sentir, etc.— y nuestras acciones no son el resultado de “nuestras vidas interiores”, sino que ocurren en respuesta a las acciones de los otros y a las situaciones que creamos con ellos durante nuestras prácticas discursivas cotidianas. Nuestro énfasis se encuentra en tres características de la acción conjunta: el descontrol que le subyace, la zona de incertidumbre en la que se realiza y, por último, la pasión que implica. Luego de todo, argüimos que la noción de acción conjunta resulta un invaluable y poderoso recurso teórico-metodológico frente al estudio de situaciones sociales y conversacionales, de camino a comprensiones profundas de las vidas de las personas y de las consecuencias personales y sociales que traen consigo sus prácticas discursivas cotidianas.

Palabras Clave: acción conjunta, discurso, construcción social, sí mismo, psicología social

Recibido: 27/05/2025. Aceptado: 21/07/2025



Angel Magos Pérez es Doctor en Psicología Social por la Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa (UAM-I). Se desempeña como académico de la Universidad Pedagógica Nacional, Ajusco. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-9755-4928>

Contacto: amagos@upn.mx

Gerardo Ortiz Moncada es Doctor en Pedagogía por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Se desempeña como académico de la Universidad Pedagógica Nacional, Ajusco. ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-7815-6177>

Contacto: gortizm@upn.mx

Cómo citar: Magos-Pérez, A., y Ortiz-Moncada, G. (2025). Acción Conjunta. Descontrol, incertidumbre y pasión en la actividad social y discursiva. *Revista stultifera*, 8(2), 25-42. DOI: 10.4206/rev.stultifera.2025.v8n2-02.

Abstract

When we speak, particularly when we speak with others, singular possibilities emerge before us to *be* and, at the same time, to *construct* social realities that, without those discursive practices, could never exist. The purpose of this work is to outline some of the principles of the notion of *joint action* proposed by John Shotter to elucidate how our ways of being —speaking, thinking, feeling, etc.— and our actions are not the result of “our inner lives”, but rather occur in response to the actions of others and the situations we create with them during our everyday discursive practices. Our emphasis lies on three central characteristics of joint action: the underlying lack of control, the zone of uncertainty in which it takes place, and finally, the passion it entails. After all, we argue that the notion of joint action is an invaluable and powerful theoretical-methodological resource for studying social and conversational situations, leading to deep understandings of people's lives and the personal and social consequences that their everyday discursive practices bring with them.

Keywords: joint action, discourse, social construction, self, social psychology

Antesala: ser en el lenguaje

Hace más de 20 años Rom Harré nos recordó que “ser un self no es cierta clase de ser, sino estar en posesión de cierta clase de teoría” (Harré, 1985, como se cita en Íñiguez, 2001, p. 218). De esta manera, el filósofo neozelandés nos empujaba a reconocer que, en las ciencias sociales, el modo en que hablamos de quiénes y cómo llegamos a ser lo que las personas somos no es infértil, sino que define quiénes y cómo somos las personas en realidad (así como el modo en que nuestras vidas son investigadas).

Al hablar de lo que significa ser una persona, el *self*, el *sí mismo*, la *identidad* o el *yo* resultan así conceptos —no entidades— emergentes de ciertas teorías, ontologías y epistemologías que nos permiten justificar la existencia humana, precisamente al tomar posición y partido en el mundo de alternativas (teórico-conceptuales) diferenciadas y disímiles que las ciencias sociales nos ofrecen.

Al realizar investigación social hoy, nuestras observaciones son así modeladas discursiva y retóricamente; es decir, se sustentan en unos modos de hablar —en detrimento de otros modos— y, al hacerlo, producen ciertos objetos de estudio, exigen ciertos métodos para estudiarlos y, no menos

importante, promueven ciertas formas de vivir y relacionarnos socialmente. Después de todo, toda ciencia social resulta acción social en sí y no una simple descripción de la realidad y de nosotros mismos.

De cara a un marcado dominio de enfoques teórico-metodológicos individualistas en la investigación social y la discusión académica sobre cómo las personas somos —pensamos, sentimos y hacemos— y sobre el lugar del lenguaje y, en general, de las prácticas sociales y discursivas en nuestras vidas, John Shotter, un lúcido psicólogo social y teórico de la comunicación, dedicó una parte importante de su vida académica a montar argumentos en defensa de la centralidad del lenguaje y la comunicación en la hechura de lo que solemos considerar como “nuestras vidas interiores”, en el marco de un modelo retórico-respondiente del construccionismo social.

Frente a diversas perspectivas internalistas, cognoscitivistas y solipsistas en las ciencias sociales sobre lo que significa ser una persona, cuyas líneas argumentativas comprenden una defensa del sí mismo como una entidad inmanente a las personas, un producto individual, sólido, estable y consistente que se expresa por medio del lenguaje, John Shotter (1993b) insistió en que lo que llamamos “nuestras vidas interiores” no son ni tan nuestras ni tan privadas como solemos pensar. En ese sentido, el sí mismo (quiénes somos y cómo significamos la realidad, el mundo social, a nosotros mismo y a los otros) es una construcción social que realizamos entre la infinidad de prácticas discursivas de nuestras vidas cotidianas.

La alternativa teórica planteada por Shotter sobre el sí mismo implica así un giro dramático respecto al lugar del lenguaje en la vida social. En lugar de apreciar al lenguaje como el medio a través del cual el sí mismo se pone de manifiesto o se expresa —como si este fuese una especie traductor de nuestras vidas interiores, un puente entre un plano interno y otro externo—, lo que dicha alternativa plantea es que el lenguaje es una práctica social a través de la cual el sí mismo se crea (y recrea), abriendo con ello la posibilidad de apreciar la naturaleza incompleta, ocasionada, situada, construida, emergente y discursiva del sí mismo. El sí mismo, más que como una sustancia sólida y duradera, se advierte como un fenómeno inacabado y dinámico.

El sí mismo es en sí un *fenómeno de frontera* (Shotter, 1994): en la práctica menos una entidad y más un conjunto de estrategias, un conjunto de modos de responder a los otros a nuestro alrededor, “algo que solo

aparece en ese punto de contacto con aquellos otros. O, si es una entidad, es una con fronteras constantemente disputadas o cambiantes; algo que reunimos de un modo un día y de otro al siguiente” (p. 223).

Contrariamente a la idea internalista de que el sí mismo es consistente y duradero —lo que implica asumir que nosotros tenemos formas de ser y pensar que atraviesan el tiempo y se manifiestan con coherencia, independientemente de las situaciones—, una apreciación del sí mismo como fenómeno de frontera —emergente de las prácticas sociales y, particularmente, de las prácticas discursivas— reconoce y celebra que el sí mismo es perecedero o, dicho de otro modo, que ser una persona implica movimiento y cambio.

Si nuestras prácticas discursivas cambian, si nuestras conversaciones son otras, es de esperar que nuestras formas de pensar y actuar envejecan y, con ello, surjan frente a nosotros nuevos modos de significar la realidad y a nosotros mismos. El sí mismo, en estos términos, es un efecto del lenguaje que ocurre en la acción social, un fenómeno social, relacional e inacabado incapaz de encontrarse absolutamente preparado para hacerle frente a la infinidad de situaciones posible de la vida cotidiana.

Si bien la centralidad del lenguaje en la constitución de “nuestras vidas interiores” ha sido ampliamente discutida por diversos psicólogos sociales¹, en su discusión al respecto John Shotter ha sido único debido, por una parte, al potencial heurístico de sus planteamientos teóricos y, por otra parte, la insistencia en —y promoción de— comprensiones “desde adentro” de la actividad social. La noción de *acción conjunta* (*joint action*) de Shotter es una ilustración de esto que, entre tanto, advierte cómo nuestros modos de ser y nuestras acciones no son el resultado de “nuestras vidas interiores”, sino que ocurren en respuesta a las acciones de los otros durante nuestras prácticas discursivas.

Acción conjunta

Interesado en el análisis y la comprensión de la naturaleza de nuestras prácticas conversacionales y, en simultáneo, de la construcción social, situada y espontánea de significados, realidades y relaciones, John Shotter (1993a) resaltó la coordinación de nuestras acciones en la actividad social y, en ese sentido, reconoció la importancia de apreciar nuestra realización, y la de los otros, de las posibilidades disponibles en ella —en la actividad social—. Esto lo llevó a plantear que nuestras prácticas discursivas de la

vida cotidiana, particularmente nuestras conversaciones y discusiones, se caracterizan por la acción conjunta. Por *acción conjunta* podemos entender un tipo de actividad social espontánea, insospechada e impredecible (aunque no incomprensible) que, a decir de John Shotter (1993a), tiene como características principales la producción de resultados imprevistos y la intencionalidad:

Da lugar a *consecuencias no deseadas*, es decir, a resultados que no son intención ‘tuya’ ni ‘mía’, pero que, de hecho, son resultados ‘nuestros’. Sin embargo, como estos resultados no se pueden rastrear hasta las intenciones de ningún individuo en particular, parece como si tuvieran una naturaleza ‘dada’, ‘natural’, o ‘causada externamente’; es decir, son reales en el sentido de que son independientes de los deseos u opiniones de cualquiera de los individuos particulares involucrados. [...] como actividad humana, la acción conjunta tiene *intencionalidad*, es decir, en cualquier momento dado, los resultados que las personas construyen entre sí tienen significado o importancia, de modo que solo ciertas actividades adicionales ‘encajarán’ y serán apropiadas, mientras que otras serán apreciadas como inoportunas o inadecuadas y serán ignoradas o, incluso, sancionadas. Como resultado de la acción conjunta entre ellas, las personas se encuentran ‘en’ una situación aparentemente ‘dada’, una situación ‘organizada’ que tiene un ‘horizonte’ y está ‘abierta’ a sus acciones. De hecho, su ‘organización’ es tal que las restricciones y permisiones que ‘pone’ a su disposición ‘influyen’, es decir, ‘invitan’ o ‘inhiben’, las próximas acciones posibles para las personas. (p.47)

La noción de *acción conjunta* constituye una defensa de la esencia relacional y la naturaleza ocasionada de nuestras acciones en la actividad social, particularmente en la actividad social-discursiva. De cara a la idea de que nuestras acciones son los resultados de nuestros procesamiento mentales individuales (idea que poco a poco se ha convertido en parte constitutiva del sentido común académico en ciencias sociales sobre lo que significa ser una persona y, en consecuencia, sobre cómo investigar acerca de ello), se defiende que nuestras acciones solo pueden ser apreciadas y comprendidas como acciones conjuntas realizadas en una situación determinada, es decir, que emergen de la relación social y son respondientes a las acciones de los otros.

Apreciar nuestras actividades sociales a partir de la noción de acción conjunta implica admitir la inexistencia de guiones o planes de acción internos y, a la vez, reconocer la espontaneidad de nuestras acciones y su realización respondiente y vinculada con las acciones de los otros sobre la

base de la situación en la que nos encontramos o, mejor dicho, que (re)construimos juntos en ese cierto momento y que, en simultáneo, determina tales acciones conjuntas. La acción conjunta “crea una situación ‘desarrollada y en desarrollo’ dentro de la cual quienes están involucrados en ella pueden dar sentido a sus actividades” (Shotter, 1993a, p. 5).

Debido a que nuestras actividades conversacionales ocurren así siempre al límite, cualquier intento de rastrear cierta regularidad en ellas, en nuestras actividades conversacionales, resulta una tarea destinada al fracaso. No existen razones suficientes para declarar que, entre la complejidad de nuestros encuentros con los otros, se esconden patrones de acción preestablecidos que nos orienten a comportarnos de determinada manera.

Nuestras acciones son nuestras solo en el sentido de sabernos involucrados con los otros en momentos determinados. Las acciones que emprendemos en la conversación no se encuentran motivadas por “nuestras formas de ser”, sino que resultan respondientes a las acciones de los otros y son, a la vez, la base sobre la que se erigen las acciones subsecuentes de ellos. Es la acción conjunta la que crea nuestras situaciones conversacionales mientras responde a las mismas.

Cada situación conversacional y cada acción conjunta es única e irrepetible. Al reunirnos a conversar, nosotros somos y hacemos juntos en situación, y cambiamos conforme la conversación avanza y la situación cambia. Al asumir una perspectiva relacional como la que implica la acción conjunta, habrá que dar por bueno que la palabra está determinada igualmente por lo que la palabra es y para quien está dirigida, siendo esta el territorio compartido por ambos (Shotter, 2009).

De modo que nuestras declaraciones de opinión, nuestras descripciones y nuestras afirmaciones responden apropiadamente a lo que se ha dicho en la conversación. Nuestras acciones son realizadas éticamente, ocurren en respuesta a las circunstancias particulares de la conversación misma.

Como bien ha señalado Elizabeth Stokoe (2018), nosotros somos entusiasmados, persuadidos, irritados, avergonzados y consolados en respuesta a las cosas que nos dicen los otros; en términos del mismo John Shotter: “los hablantes responsables *construyen activamente* entre sus enunciados y el contexto de sus enunciados (que incluye los enunciados de

otros), y entre sus acciones y las circunstancias de sus acciones” (Shotter, 1995, p. 56-57).

Nuestras actividades conversacionales, particularmente aquellas que ocurren de cara a la controversia, implican encuentros de argumentos que no existen como tales antes de la acción conjunta. Tales encuentros no demandan simplemente la co-presencia física, un estar en compañía; en cambio, los encuentros que implican nuestras conversaciones demandan comprometerse en la interacción, un estar y ser juntos en acción. En ese tenor, la base de la conversación es el compromiso mutuo en ella, un compromiso creado a partir de la argumentación y del cual esta emerge y avanza. La situación emergente y constitutiva de la conversación demanda que los hablantes se comprometan en ella.

Comprometerse con la conversación implica más que mostrar disposición para reunirse con otros a hablar y escuchar. Este compromiso implica, ante todo, responder a las acciones de los otros. No en el sentido de escuchar con atención y mostrar condescendencia, tampoco en el de eludir la confrontación, sino en el sentido de estar entrelazados mutuamente y, de este modo, en el de argüir de modo respondiente a los argumentos de los otros, independientemente de si esto implica la aceptación o el rechazo de estos.

Esto no significa que experimentemos impensadamente un sentimiento de total armonía con quienes nos rodean, “implica no tener la sensación de ser un extraño intruso” (Shotter, 1993b, p. 67), implica tener el derecho a contribuir a la situación. En concreto, comprometerse en la conversación significa “actuar” en consecuencia.

Al asumir que toda acción realizada en la conversación abre un abanico de posibles acciones en respuesta, no se sigue una apreciación aislada de las acciones de los hablantes en la conversación (como si el significado de estas dependiera únicamente de la valoración de quien las realiza), sino una condición mínima para que la actividad social comprometida ocurra, independientemente de los resultados o la calidad de las respuestas de los otros hablantes a tales acciones.

Dicho sea de paso, hace casi un siglo que G.H. Mead (1934/1990) arguyó que el uso de símbolos significantes involucra una conciencia anticipatoria, no en el sentido de una clarividencia a partir de la cual se signifiquen estos símbolos en sí (considerando las respuestas de los otros),

sino por el simple hecho de asumir que, en el acto social, la conversación significativa implica permanentemente acciones respondientes.

Encontrarnos comprometidos con la conversación no implica entonces un tipo de responsabilidad para llevarla a buen puerto. De hecho, se puede decir que nosotros no siempre somos totalmente conscientes de que estamos siendo “responsables” en y con la conversación, en el sentido de que, al hacer, al decir y al pensar de modo respondiente a las acciones de los otros, nosotros nos encontramos comprometidos sin que previamente hayamos deliberado y asumido que estamos totalmente dispuestos a hacer cierta conversación/situación con los otros.

Antes bien, nosotros nos comprometemos con y en la conversación al involucrarnos argumentativamente y en respuesta a los otros y a la situación que con ellos vamos construyendo juntos. Como Shotter tiene a bien señalar:

al adoptar diferentes voces —que representan diferentes puntos de vista— esencialmente argumentamos dentro de nosotros mismos acerca de cómo podríamos formular y responder mejor a nuestro sentido de cómo, actualmente, estamos situados o ubicados en relación con nuestras circunstancias. (Shotter, 1994, p. 214)

Por tanto, la noción de *acción conjunta* implica asumir que las personas se encuentran comprometidas en la conversación y, simultáneamente, fuera de control en ella, en el sentido de la imposibilidad de llevar a cabo la acción a partir de sus supuestos planes interiores y preexistentes. Solo por encontrarse vinculadas en ese momento, y, debido a que las consecuencias y emergencias de esa vinculación mutua y particular no pueden ser predichas, la acción conjunta es caótica e incontrolable.

Encontrarse fuera de control en la acción conjunta

Pensar —e investigar— en aras de la propuesta teórica, relacional y discursiva que implica la *acción conjunta* de Shotter implica admitir que la conversación no obedece a un simple tráfico de información entre quienes la hacen. Asumir que esta, la conversación, consiste simplemente en un “hacer saber al otro” es una grave limitante en la investigación social (en cualquier contexto en el que esta ocurra), pues despuebla la comunicación misma; deja por fuera la intensa actividad social y/o discursiva que implica estar juntos en ella; obvia la pluralidad de pensamientos y modos de ser que

se crea espontánea y efímeramente mientras la misma conversación avanza; ensombrece la construcción relacional de significados que se realiza en esta actividad; y, no menos importante, ignora la (re)definición de formas de vivir y relacionarse socialmente que le desbordan.

La idea de la *acción conjunta* derriba la barricada que divide a las personas que conversan y, en cambio, admite y valora los lazos entre ellas y la naturaleza respondiente de las acciones realizadas en la conversación, esa que hace posible abandonar un *yo* y un *tú* y apreciar un *nosotros* en situación. De este modo, las fuerzas formativas que dan lugar a nuestras acciones no están entonces dentro de nosotros mismos ni existen con anterioridad a las situaciones. En otros términos, “nosotros no ‘actuamos’ a partir de nuestras ideas internas [...] sino que somos sensibles de algún modo a las oportunidades y barreras, a las permisiones y restricciones que nos ‘brindan’ nuestras circunstancias para ‘actuar’ en ellas” (Shotter, 1993a, p. 6).

Esto nos lleva a reconocer que no hay motivos suficientes para asumir que nuestros encuentros conversacionales se encuentran predestinados de algún modo o en alguna medida. Pues por más que estos aparenten una fuerza natural debido a las condiciones en las que se desarrollan, de por medio los propósitos, los temas o los lugares, nada ocurre por fuera de las particularidades de la situación y de la fuerza social que subyace en la interacción.

La conversación es un proceso social de intenso cambio. Debido a ello, nuestras acciones y nuestros argumentos ocurren siempre al límite, entre las fronteras de la interacción. Esto significa que nuestras actividades conversacionales suponen el levantamiento y el derrumbe espontáneo de estas fronteras, y que somos nosotros, juntos, los constructores y demolidores, quienes cimentamos y dinamitamos discursivamente la situación en la que nos encontramos, la misma que nos empuja a ser quienes somos en cada momento de la actividad.

Aunque al conversar con otros es habitual que se espere de nosotros cierta estabilidad y consistencia (en defensa y promoción de una perspectiva esencialista e internalista sobre lo que significa ser una persona), lo cierto es que en nuestras actividades conversacionales ordinarias nosotros nos encontramos fuera de control, en el sentido de que quiénes y cómo somos es el resultado de un momento particular de intensa actividad social,

retórica y respondiente, el resultado de lo que implica encontrarse juntos en la argumentación.

Al encontrarnos en conversación, nuestras acciones y nuestros argumentos no ocurren así de acuerdo con un plan interno o representación mental, sino debido al contexto conversacional que no es nuestro, que no ha sido hecho por nosotros mismos y que no está bajo nuestro dominio (Shotter, 1993a). Estar fuera de control es así ser en situación, en una actividad social que acontece entre la borrosidad y la incertidumbre.

Borrosidad e incertidumbre en la acción conjunta

En diferentes contextos y con objetivos diversos, el avance de la investigación social ha sostenido una propensión a privilegiar y mantener la “certeza” como un elemento constitutivo de la lógica investigativa y como una propiedad de las actividades realizadas por las personas. Asimismo, la investigación social ha sido propensa a señalar que nosotros hablamos, pensamos, sentimos y hacemos debido a una especie de predeterminación cognitiva que acompaña nuestra participación en las diversas actividades que llevamos a cabo día a día, ya sea con otros o estando a solas.

Nuestras acciones suelen ser así comprendidas como resultados de quienes somos, con nuestros intereses y aspiraciones (encajables en toda situación social) de por medio. Cual *Tetris* lingüísticos, “nuestras” opiniones, afirmaciones y descripciones se aprecian como piezas ya formadas, con significados propios, acomodándose en la conversación.

En un alto contraste con esto, el enfoque teórico que aquí nos ocupa supone que el estudio de nuestras prácticas discursivas ordinarias exige considerar las condiciones relacionales en que estas acontecen, a fin de hacer justicia a la intensa, espontánea, borrosa e indeterminada actividad social que les subyace. De tal suerte, este enfoque nos empuja a la apreciación de lo borroso y lo efímero de la actividad social que implica la conversación. La acción conjunta como un terreno de indeterminación e incertidumbre, un conocimiento y realidad que, siguiendo al mismo John Shotter, entendemos como “de tercer tipo”.

A saber, “la acción conjunta designa una categoría delgada de actividades (¿o eventos?) que se encuentran en una zona de incertidumbre” (Shotter, 1993a, p. 4), en algún lugar entre las dos esferas del conocimiento y la realidad que históricamente han ocupado a los científicos sociales: la

esfera de las acciones humanas individuales (subjetividad), lo que representamos mentalmente y explicamos con nuestras propias razones, y la esfera de los eventos naturales (objetividad), que ocurren *per se*, alrededor nuestro y con independencia de nosotros.

De cara a dos tipos de conocimiento y realidad defendidos en la investigación social (uno/a sobre un mero plano interno y otro/a sobre uno externo), nuestro enfoque sostiene la noción de acción conjunta como un conocimiento y realidad de tercer tipo, un conocimiento y realidad de naturaleza relacional y ocasionada sobre la situación particular que crean los hablantes y que solo se puede apreciar desde adentro de la situación misma (pues, vale insistir, se crea en la interacción y resulta irrepetible). Ese “algo” que no pertenece a ninguno de los hablantes, sino a la relación en curso entre ellos, un “algo” que “estructura” las acciones de los hablantes y que es recreado a través de estas.

La realidad de tercer tipo (Shotter, 1993a, 1995) se crea y desarrolla en la conversación y, en el sentido estricto, no pertenece a ninguna de las personas en ella, sino a todas, pues se erige de continuo en la actividad conjunta. El interés se encuentra así en una realidad conversacional que escapa del terreno personal y, en cambio, nace, se desarrolla y sucumbe en la acción social.

El conocimiento (y la realidad) de tercer tipo es un conocimiento (y una realidad) práctico, en el sentido de que tiene su ser en nuestras relaciones con los demás y es relevante solo en situaciones concretas particulares. Este es un conocimiento de tipo moral, en cuanto depende de los juicios de los demás y, a su vez, su expresión o su uso es éticamente adecuado —o no— (Shotter, 1993a).

La noción de acción conjunta nos permite apreciar, por ejemplo, que el propósito de la conversación no es absolutamente definido con anterioridad a ella. Por más que nos esforcemos en establecer unas supuestas condiciones conversacionales en relación con un propósito preestablecido, estas resultan insuficientes por el hecho de que el propósito conversacional corre a cargo de los hablantes en conjunto y cambia con el avance de la conversación misma:

Lo que se hace público durante y al final de la conversación de los públicos de dos o más, son los nuevos modos de ver el problema o las conclusiones a las que se llegó al cabo del debate, que no son por cierto ninguna de las que

entraron en conflicto, sino un punto de vista distinto que nace en medio, inexistente previamente, y que es obra exclusiva de la confrontación. (Fernández, 2004, p.76)

El propósito de la conversación es, así, fabricado en la actividad social, conjunta, argumentativa y respondiente que subyace a la situación, imposible de definir antes de que la acción comience. En ese sentido, hay que admitir un principio de incertidumbre en la conversación, pues nosotros no podemos estar absolutamente preparados para la infinidad de situaciones posibles que acontecen en la vida cotidiana.

Ningún plan de acción elaborado con anterioridad a la situación conversacional puede contener la fuerza de la acción social, sino solo sucumbir ante ella. Esto nos empuja a apreciar cómo nosotros hablamos, pensamos y hacemos durante, y solo durante, nuestras conversaciones.

Tomar en consideración estos aspectos nos permite comprender la fuerza social inherente y la unicidad del proceso de construcción de realidades y relaciones realizado durante la conversación, cómo en esta última nosotros coordinamos nuestras acciones con las acciones de los otros: ser con los otros o, mejor dicho, hacernos nosotros en el flujo turbulento, desordenado, desenfrenado y borroso de la interacción conversacional.

En definitiva, este enfoque reconoce y valora que “es su misma falta de especificidad, su falta de una forma final predeterminada y, por tanto, su apertura a ser especificada o determinada por quienes participan en ella, la característica definitoria central de la acción conjunta” (Shotter, 1993a, p. 4), una tercera esfera del conocimiento y la realidad en la investigación social sobre el acontecer de la conversación y la discusión, actividades sociales estas íntimas y apasionadas.

Intimidad y pasión en la acción conjunta

Nuestras conversaciones son frecuentemente vistas y estudiadas como encuentros en los que nosotros ofrecemos descripciones, opiniones y afirmaciones que provienen de nuestros adentros, emergentes de nuestros modos de pensar y representar la realidad y el mundo social. Nuestras acciones se aprecian como productos personales y sus significados como existentes *per se*. Paradójicamente, de forma implícita esto advierte a la conversación como una expresión de soledad (al menos según la

connotación que se le suele atribuir a esta palabra), en el sentido de que quienes hablan no son mínimamente afectados por los otros, sino que están solos.

Por el contrario, apreciar la *acción conjunta* nos empuja a asumir que la conversación no supone un ir y venir de la palabra infértil, tampoco un encuentro de acciones que se deben a sí mismas. Guiados por los principios de la acción conjunta, nos es posible sostener que en el proceso social que implica la conversación nosotros somos profundamente afectados por los otros, que podemos vivenciar un sinfín de modos de ser, pensar y hablar (quizá pedagógicamente el orden más adecuado sea el inverso, solo si es que al lector le incomoda el desorden) por el hecho de encontrarnos entrelazados con ellos y realizar nuestras acciones en respuesta a las suyas.

A través del modelo retórico-respondiente de John Shotter (1987), es posible apreciar que en la actividad social realizada en la conversación “nuestras acciones son de naturaleza apasionada. El término “pasión” se deriva del latín *pati*, que significa ‘sufrir’ o ‘sufrir un cambio’” (p. 228). La conversación es intimidad entre quienes la hacen, una vinculación especial e irrepetible donde nosotros somos con los otros y, sin duda, hablamos de unos modos y no de otros solo por estar entrelazados con ellos.

No es casualidad que “el ‘acontecimiento del ser’ sea, en ruso, *sobytie bytia*, un ‘ser juntos en el ser’” (Bubnova, 2015, p.12); ni y que “en el latín clásico de Seneca, *conversatio* signifique ‘intimidad’” (Burke, 1996, p.122; énfasis en el original). En la conversación “es la ‘otredad’ que entra en nosotros y nos hace otro”, como diría George Steiner (en Shotter, 2014, p. 53).

Mijaíl Bajtín (1979/2003), a quien John Shotter leyó a profundidad, atinó al advertir cómo solo al revelarnos ante los otros, por medio de los otros y con la ayuda de los otros, nosotros tomamos conciencia de nosotros mismos, nos convertimos en nosotros mismos. En las propias palabras de Bajtín: “todo lo intrínseco tampoco se centra sobre sí mismo, sino que está orientado extrínsecamente, dialogizado, cada vivencia intrínseca se ve en la frontera encontrándose con el otro, y toda la esencia está en este intenso encuentro” (Bajtín, 1979/2003, p. 140).

Después de todo, la acción conjunta es una actividad que elucida nuestras acciones como acciones envueltas en la intimidad y la pasión, en tanto nos encontramos comprometidos en la situación y sufrimos en ella de

manera localizada, particular y respondiente. Nuestras acciones son así imposibles de predecir; estas no se pueden advertir con anterioridad al despliegue de la argumentación. Nosotros vamos siendo en la interacción: creamos juntos la situación que, de modo simultáneo, nos “permite” ser.

Al conversar con otros, nosotros somos capaces de hablar, pensar y sentir por estar con esos otros, no en el sentido de una interdependencia positiva (individualidades definidas que en la acción se agregan/suman), sino en el de encontrarnos comprometidos y vinculados mutuamente, (re)creando la situación particular y, a la vez, respondiendo a ella y a las acciones de los otros (e incluso a las acciones que nosotros realizamos con ellos previamente).

Este enfoque no busca comprender un centro catalizador interior de nuestras acciones, sino el flujo de la interacción y de la situación en el que nuestras acciones se realizan. Comprender la conversación/discusión implica así asumir que en ella estamos y somos juntos en la acción.

A modo de salida: significado y palabra viva

Considerando que una tradición es un argumento extendido a través del tiempo, tal como lo ha planteado Alasdair MacIntyre (1988), se puede decir que la tradición que ha modelado buena parte del estudio de la práctica del lenguaje ha defendido que este es un traductor de la vida interior, cuyas representaciones de la realidad y el mundo social se encuentran en sí cargadas de sus propios significados (aislados, independientes, individuales). De tal modo, el habla se aprecia en retrospectiva. Nuestras formas de hablar, se piensa, se encuentran cargadas de significados con anterioridad a su “despliegue público” y a la actividad social en la que ocurren. Esto vacía de sentido el acto social y no hace justicia a la complejidad de la acción conjunta.

Por lo que aquí nos ocupa, el enfoque teórico latente en la *acción conjunta* implica considerar que nuestras prácticas conversacionales no pueden reducirse a la simple y aislada exposición personal de nuestras perspectivas establecidas con anterioridad, sino que dichas prácticas conversacionales son en sí prácticas sociales orientadas a la construcción de realidades y relaciones sociales, caracterizadas por la celebración y el choque de argumentos ocasionados entre una intensa actividad respondiente a la situación creada entre los hablantes (a través de una infinidad de estos choques).

En ese tenor, nuestras opiniones, explicaciones, descripciones y afirmaciones emergen entre una atmósfera conversacional y apuntan a la definición de que podrían o deberían ser las cuestiones que tratamos juntos (hechos, objetos, acontecimientos y situaciones, por ejemplo), y no sobre lo que estas son “en realidad”.

Debido a que toda acción responde a acciones previas y da lugar a la realización de acciones subsecuentes, un mundo de significados en emergencia es lo que este proceso retórico-respondiente produce; su responsabilidad no puede atribuírsele a ninguno de los hablantes, sino a todos. Junto a Shotter (2015), habremos de aceptar que el significado es una consecuencia de la comunicación, no una condición previa a ella, y, de este modo, también habremos de resaltar la relevancia del análisis de la palabra en acción; esto es, cómo nosotros, juntos, practicamos el lenguaje en momentos determinados y qué construcciones realizamos entre ello. Latente en el análisis de la palabra viva se encuentra la idea de que “es en su movimiento temporal que el habla muestra lo que no puede decir” (Shotter, 1995, p. 56).

El significado no se encuentra así en las mentes individuales de las personas que conversan, sino en la acción conjunta y respondiente y en la situación construida en y constructiva de dicha acción. Es decir, el significado solo puede apreciarse en el fondo conversacional de nuestras actividades sociales y su comprensión demanda un tipo de conocimiento de las provisiones y los recursos que, juntos, ponemos a disposición para la realización de nuestras acciones. En lugar de preocuparnos entonces por comprender cómo conferimos significados a la realidad y al mundo social en tanto individuos, lo que debemos hacer es comprender ese fondo conversacional de nuestras actividades con otros en el que los significados se producen.

Apreciar la *acción conjunta* que subyace nuestras prácticas sociales y conversacionales nos permite comprender cómo *somos y hacemos juntos* en la acción y, asimismo, nos empuja no al análisis de las palabras ya habladas, sino al de las palabras en su hablar, en situación. El significado (argumentativo) de una declaración de opinión, por ejemplo, como un desborde de la palabra viva, en la acción.

Al fin y al cabo, consideramos que la recuperación de la acción conjunta como noción o pauta teórica hace posible comprender la fuerza de

la actividad social, situada y discursiva, en la definición de nuestras maneras de ser —hablar, pensar, hacer, sentir, etc.— y en la creación de realidades y relaciones sociales, erigiéndose así como un invaluable y poderoso recurso en la construcción de enfoques teórico-metodológicos para investigaciones que apunten al estudio de situaciones sociales y conversacionales, de camino a comprensiones profundas de las vidas de las personas y de las consecuencias personales y sociales que traen consigo sus prácticas discursivas cotidianas. En definitiva, sirva este trabajo como un argumento más de la defensa teórica del mismo John Shotter (2016): las personas no somos tanto seres —individuales— como devenires —relacionales—.

Notas

¹ Por ejemplo, Kenneth Gergen (1996) ha argüido que el yo no es un producto de la mente, sino de la relación y del relato; Lupicinio Íñiguez (2001) ha elucidado que la identidad no es una cuestión personal, sino una cuestión cultural y lingüística; Teresa Cabruja (1996) ha señalado que quiénes somos no es el producto de una esencia personal, sino una construcción social y discursiva; y, en este énfasis en la práctica del lenguaje para comprender cómo las personas somos y pensamos, Michael Billig (1987) ha advertido que el pensamiento humano no puede entenderse como un simple procesamiento mental de información, sino como un proceso social de argumentación que nace en las discusiones públicas que realizamos en la vida cotidiana.

Referencias

- Bajtín, M. (2003). *Problemas de la poética de Dostoievski*. FCE.
- Billig, M. (1987). *Arguing and Thinking. A Rhetorical Approach to Social Psychology*. Cambridge University Press, 1996.
- Bubnova, T. (2015). Prólogo. En M. Bajtín, *Yo también soy. Fragmentos sobre el otro* (pp. 7-20). Godot.
- Burke, P. (1996). *Hablar y callar. Funciones sociales del lenguaje a través de la historia*. Gedisa.
- Cabruja, T. (1996). Posmodernidad y subjetividad: Construcciones discursivas y relaciones de poder. En A. J. Gordo y J. L. Linaza (Coords.), *Psicologías, Discursos y Poder (PDP)* (pp. 373-390). Visor.
- Fernández, P. (2004). Públicos y masas como sujetos de la psicología colectiva y protagonistas de la sociedad contemporánea. En G.

- Martínez y J. Mendoza (Coord.), *Cuestiones básicas en psicología social* (pp. 69-96). Universidad Autónoma de Tlaxcala.
- Gergen, K. (1996). *Realidades y relaciones: aproximaciones a la construcción social*. Paidós.
- Iñiguez, L. (2001). Identidad: de lo personal a lo social. Un recorrido conceptual. En E. Crespo y C. Soldevilla (Coord.), *La constitución social de la subjetividad* (pp. 209-226). Catarata.
- MacIntyre, A. (1988). *Whose Justice? Which Rationality?*. University of Notre Dame Press.
- Mead, G.H. (1990). *Espíritu, persona y sociedad. Desde el punto de vista del conductismo social*. Paidós.
- Shotter, J. (1987). The social construction of an “us”: problems of accountability and narratology. En R. Burnett, P. McGhee y D. Clarke (Eds.) *Accounting for Personal Relationships: Social Representations of Interpersonal Links* (pp. 225-247). Methuen.
- Shotter, J. (1993a). *Cultural politics of everyday life: social constructionism, rhetoric and knowing of the third kind*. Toronto.
- Shotter, J. (1993b). *Realidades conversacionales. La construcción de la vida a través del lenguaje*. Amorrortu.
- Shotter, J. (1994). El lenguaje y la construcción del sí mismo. En M. Pakman (Coord.), *Construcciones de la experiencia humana* (pp. 213-226). Gedisa.
- Shotter, J. (1995). In Conversation: Joint Action, Shared Intentionality and Ethics. *SAGE Theory & Psychology*. 5(1), 49-73. <https://doi.org/10.1177/0959354395051003>
- Shotter, J. (2009). Momentos de Referencia Común en la Comunicación Dialógica: Una base para la Colaboración Inconfundible en Contextos Únicos. *International Journal of Collaborative Practices*, 1(1), 29-38. <https://ijcp.wordpress.com/wp-content/uploads/2009/06/shotter-spanish.pdf>
- Shotter, J. (2014). Rhetoric and argumentation. In Ch. Antaki and S. Condor (Eds.), *Rhetoric, Ideology and Social Psychology: Essays in honour of Michael Billig* (pp. 43-56). Routledge.

- Shotter, J. (2015). On “Relational Things”: A New Realm of Inquiry Pre-Understanding and Performative Understandings of People’s Meanings. En R. Garud, B. Simpson, A. Langley y H. Tsoukas (Eds.), *The Emergence of Novelty in Organizations* (pp. 56-79). Oxford University Press.
- Shotter, J. (2016). *Speaking, Actually: Towards a New ‘Fluid’ Common-Sense Understanding of Relational Becomings*. Everything Connected.
- Stokoe, E. (2018). *Talk: The Science of Conversation*. Robinson.

REVISTA STVLTIFERA

DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

VOLUMEN 8, NÚMERO 2, SEGUNDO SEMESTRE DEL 2025
ISSN 0719-983X

Editorial: Gaza, la humanidad sitiada

Alejandro Ochoa Arias

Acción Conjunta. Descontrol, incertidumbre y pasión en la actividad social y discursiva

Angel Magos Pérez y Gerardo Ortiz Moncada

Vivir en el sueño del Otro: violencia y subjetivación en la sierra del sur de Durango

Aäron Moszowski Van Loon

Brujas, histéricas y espiritualidades feministas: alternativas para histerizar la lucha contra el capitalismo patriarcal

Rigoberto Hernández Delgado

Althusser contra la psicología dominante: cinco ideas del marxismo althusseriano para la psicología crítica

Luis Pablo López-Ríos

Entre la precariedad y la autonomía. Experiencias subjetivas de repartidores de plataformas digitales de trabajo en el sur de Chile

Rodrigo Navarrete Saavedra, Javiera Angel, Javiera Camilla, Daniela Cárdenas, Ignacia Catalán y Francisca Ojeda

Pararreseña de Traverso, E. (2024). *Gaza ante la historia*

Juan Antonio González de Requena Farré

